

Un médico en presidio

Fragmento de una entrevista con el doctor Lino B. Fernández

Yo caigo prisionero cuando intentaba alzarme contra el Gobierno de Castro, en la madrugada del 17 de febrero de 1961. Estoy dos meses en la prisión de Seguridad del Estado, en Santa Clara, hasta que me trasladan al cuartel de Topes de Collantes, donde encontré unos 170 prisioneros amontonados en el piso. No había colchonetas ni baños ni servicios sanitarios, no había nada. Cundió una epidemia de paperas; veías a los hombres doblados por la horquitis. La vida no valía mucho en aquel momento, a la gente la sacaban de madrugada al paredón. Entonces nos declaramos en huelga de hambre porque empezaron a traer heridos del Escambray, algunos con heridas en la cabeza, y los tiraban a morir donde estábamos nosotros. Éramos unos cuatro médicos, no teníamos con qué curar a la gente. Como respuesta nos meten en una fragata y nos zumban para Isla Pinos. Recuerdo que fue el 2 de julio.

En Isla de Pinos me meten en una celda de castigo, en un calabozo pequeñísimo donde no había absolutamente nada. Allí pasé 100 días aislado, totalmente desnudo. De ahí me mandaron para una de las circulares del Presidio Modelo. En cada circular había cinco pisos, 93 celdas en cada uno, 3 prisioneros en cada celda. Teniendo en cuenta la cantidad de circulares habría unos 6.000 prisioneros políticos allí en aquel momento.

El trabajo forzado en Isla de Pinos fue muy duro: romper marabú, arrancar raíces, trabajar en las canteras de mármol. Se trabajaban 12 horas o más al día. Los que se negaban a ir eran tremendamente golpeados; recuerdo el caso de Alfredo Izaguirre, director del periódico *El País*, que fue brutalmente maltratado y luego sufrió las secuelas en el exilio. En Isla de Pinos sabíamos que nos estaban poniendo a trabajar como esclavos. Entonces, como una forma de protesta, la gente empezó a trabajar a ritmo lento y hubo mucha represión en el campo, particularmente en algunos bloques como el de los estudiantes, que fue muy golpeado, lastimado con una saña realmente asombrosa. Recuerdo días que llegaban gentes con la espalda hecha llagas por las marcas de las bayonetas. A veces llegaban incluso muertos. El primer día que empezó el trabajo forzado, por ejemplo, hubo un muchacho que hizo cierta resistencia y lo mataron. Lo atravesaron con una bayoneta por el estómago. Se llamaba Ernesto Díaz Madruga. Al día siguiente todo el mundo salió con sombrero al campo en señal de respeto al que había muerto. La gente cada vez trabajaba menos, mientras más represión y más golpes, menos trabajaba. La violencia

contra los prisioneros en el campo de trabajo era diaria, pero los asesinatos se producían al final del trabajo. Algunos castigados eran llevados a los calabozos, allí eran golpeados y lastimados y algunos fueron tiroteados y murieron, nunca más los volvimos a ver. Recuerdo, por ejemplo, un jovencito de 19 años, que había sido miembro de la Marina de Guerra revolucionaria y era paciente mío. Tenía sus cosas, no dormía y cosas así y yo lo ayudaba. Fue llevado al calabozo por cualquiera de las cosas usuales del trabajo forzado y allí lo designaron.

En el presidio de Isla de Pinos se atropellaba mucho al preso. La guarnición se colaba dentro con mucha frecuencia a hacer requisa y a romperlo todo, a botarlo todo y por supuesto a golpear. Eso era frecuentísimo. Yo viví varias situaciones de esas, de entrar 300 miembros de la guarnición simultáneamente rompiéndolo todo y de obligar a todos los prisioneros de la circular a bajar a un espacio custodiado con ametralladoras y decirle a todo el mundo que se tirara al piso. Pero el piso de una circular era un lugar espantoso, un fanguero, lleno de hongos, donde cae toda la basura y nunca jamás da el sol. Alguna gente dijo: «Yo no me tiro al piso». Entonces los guardias empezaron a disparar con ametralladora calibre 30 y todo el mundo tuvo que tirarse al piso, y allí, en esa inmundicia, estuvimos durante horas y horas, de madrugada y a cada rato sonaba una ráfaga. Mientras tanto, los guardias registraban la circular, lo botaban todo, lo rompían todo.

Eso era muy frecuente, de modo que los prisioneros fueron aprendiendo que algo tenían que hacer. Hubo un día que la guarnición entró en la circular 2 con uno de los jefes más agresivos al frente. Nos obligaron a bajar a algunos. Pero la guarnición siguió entrando de forma violenta. La gente se volvió como loca arriba; algunos se tiraron al patio, hubo fracturas de piernas inclusive, por que si te cogían en los pisos imagínate, estabas expuesto a todo, y la gente prefería tirarse desde donde estaba antes que soportar los bayonetazos y golpes de los guardias. La cosa se puso caliente, fea. Los prisioneros les partieron para arriba a los guardias. Entonces la guarnición empezó a calar bayonetas. Hubo algunos prisioneros, entre ellos yo, que nos decidimos a parar aquello y a no permitir un abuso más. Les gritamos que si querían entrar a los pisos, magnífico, pero que la guarnición no se podía colar de aquella manera, abusando y golpeando. Fue un momento de muchísima tensión, pero aquello cesó. Se recogió a los que tenían fracturas, a los heridos, y se los llevaron para el hospital.

La cantidad de enfermos en Isla de Pinos era increíble; la prisión era muy sana en el verano y una nevera en el invierno, porque por cada una de las 93 ventanas de cada uno de los pisos de cada una de las circulares lo que entraba era un vendaval de aire. No se permitían las cortinas. Entonces vivir allí, en aquellas celditas, muerto de hambre y sin buenas frazadas era terrible, y más si tenías que salir al campo al día siguiente. Si te caías desmayado en el trabajo, seguro que cogías bayoneta. Yo nunca he visto seres humanos bajo tanta presión. Cuando regresaban del trabajo empezaba mi odisea. Antenderlos, ver a los enfermos, hacer las listas de los que yo pensaba que no estaban en condiciones de salir a trabajar. Yo entregaba esas listas a la guarnición. A veces, a las cuatro o cinco de la madrugada me pasaban una bayoneta por el

pecho, «¿Y esa lista? Te voy a sacar al campo. Te voy a meter la bayoneta por el culo». Yo les decía «Resuelvan ustedes los problemas que crearon». Había muchos enfermos en la cárcel: de hambre, de parásitos, de golpeaduras, de terror. Entonces lo mismo tenías que dar psicoterapia o que poner inyecciones de antibióticos. Habíamos dejado ciertas celdas como botiquín. Éramos varios médicos presos y nos turnábamos el trabajo de asistencia. Una de las cosas más duras eran las autolesiones, gente que se autolesionaba para no salir a trabajar; gente que se cortaba, gente que se quemaba la piel, por ejemplo que se inyectaba petróleo en las rodillas y que se provocaba una artritis tremenda, de tipo química. Y es que la gente estaba muy alterada por el miedo a recibir golpes de bayoneta o a que los matara el guardia o a que los mandaran a los calabozos. Había también muchos prisioneros que padecían de depresiones o de otros problemas serios de salud mental.

Como convivíamos con ellos teníamos la doble condición de ser prisioneros y de convivir con los pacientes. Uno sabía la relación directa que había entre las comidas y las diarreas que la gente tenía, por ejemplo, o cuando había epidemias infecciosas. Teníamos que estar siempre en ese sitio límite entre el prisionero —del cual nos sentíamos parte y con los que estábamos tan involucrados emocionalmente—, y los carceleros a los que tenías que plantearles las necesidades. A veces nos acusaban, los muy cínicos, de que no queríamos dar el servicio que la gente necesitaba. Yo les decía que éramos presos, que los problemas eran reales y que eran ellos quienes los habían creado y tenían que resolverlos, que era responsabilidad de quienes nos tenían presos, mantener la salud de los prisioneros. Nosotros estábamos ahí, disponibles para todo el mundo, trabajando constantemente con la gente, pero no éramos, ni queríamos ser, empleados de los carceleros ni vivir en el hospital, ni tener condiciones distintas a las de los demás. Éramos presos. Médicos presos.

Los prisioneros, también, llegaban a Isla de Pinos con una carga previa tremenda me contaban muchísimas cosas. Muchos venían de El Escambray, por ejemplo, de las guerrillas de El Escambray donde hubo muchos fusilamientos masivos de alzados, sin ningún tipo de juicio. Hubo también interrogatorios terribles en Las Pocetas de Topes de Collantes. Eran unas pocetas situadas en la punta de la montaña, famosas por el frío tremendo que había en ellas, donde fueron sumergidos muchos prisioneros totalmente desnudos durante los interrogatorios. Uno de ellos, muy joven, llamado Silvio Martínez, miembro de la Juventud Auténtica, me contó en Isla de Pinos que había sido interrogado personalmente por Fidel Castro, quien le propuso que hablara y que después se lo llevaría a trabajar directamente con él. Silvio no habló, lo metieron en la poceta y luego lo mandaron a la Isla de Pinos, enfermo.

El Presidio Modelo de Isla de Pinos lo cerraron en el 67 porque aquello era una olla de presión o quizá para quitarle visibilidad al problema, porque el hecho es que el presidio político no terminó ni mucho menos. Yo salí de Isla de Pinos en el 66, cuando me mandaron para La Cabaña, frente a la bahía de La Habana; había estado 5 años preso y me quedaban todavía otros 13. La diferencia ente el Presidio Modelo y La Cabaña es la que existe entre

un palacio y una jaula de ratones. El Presidio Modelo había sido construido durante la república y hacía honor a su nombre, lo malo allí eran las torturas, las requisas y el trabajo forzado. La Cabaña era una fortaleza colonial con las galeras llenas de ratas, infectas, sin ventanas, con una rejilla al fondo. Allí, por lo menos, no había trabajo forzado, pero en cambio, todos los días, cuando hacían el recuento, tenías que salir de la galera corriendo. Si ibas despacio te pegaban con la bayoneta. Ya hay un momento inevitable en el que quien es golpeado se rebela, siempre pasa. Y entonces era peor.

Una vez protestamos 16 y nos pegaron con la bayonetas en la espalda, en la cabeza, en los brazos. En lugar de curarnos nos enviaron a las capillas, unas celdas pequeñísimas, de 6 pies de largo por 8 de ancho, 16 personas. Un calor horrible; el vapor se condensaba porque el techo era muy bajito. Sólo 2 se podían tender a la vez. El resto tenía que estar en cucullas. Nos turnábamos para tendernos cada 2 horas. Así estuvimos 11 días. Al cabo de 6 días aquello se hizo horrible, el infierno, en esa tensión, en ese calor, el «muévete de aquí», «ponte para allí». Yo soy psiquiatra. En esas condiciones, empiezan las broncas, es inevitable. Recuerdo haber tenido que intervenir muchas veces; sé cuándo una persona está en pánico, cuando empiezas a ver ciertas expresiones. Tuve que intervenir varias veces para evitar estallidos de violencia y a los 6 días decidimos entrar en huelga de hambre y sed porque allí no íbamos a resistir, nos íbamos a matar unos a otros. Nadie resiste más de 6 días sin agua. Al cuarto día de huelga vinieron a hablar con nosotros, los voceros, César Páez, Alfredo Izaguirre y yo. Les dijimos: «Les queda un día para empezar a contar los muertos». Al día siguiente nos sacaron. Era el día 11 de nuestra estancia en la capilla.

Poco después me trasladaron al Castillo de El Príncipe, otra fortaleza de tiempos de la colonia, otro lugar horrible. Me metieron, junto a otros políticos, en un chinchorro de presos comunes llamado La Leonera. Un chinchorro es un lugar cerrado, sin agua ni servicios sanitarios ni nada, donde estás aislado del resto de los prisioneros.

Nos metieron allí con los presos comunes más violentos; había también jóvenes Testigos de Jehová presos por haberse negado a hacer el Servicio Militar Obligatorio, que habían sido violados por esos presos comunes. Nosotros impusimos nuestra autoridad: «ustedes de este lado y nosotros de este otro; no pueden tocar más a los Testigos de Jehová». Impusimos respeto, orden, y no tuvimos problemas con los comunes. Pero las autoridades quisieron imponernos el uniforme de presos comunes y nos declaramos en huelga de hambre. Estuvimos 17 días. Luchábamos por nuestra dignidad y contra un plan siniestro: hacer ver que el presidio político había desaparecido. Claro, clausuran el Presidio Modelo, nos meten en cárceles de la colonia, nos visten de comunes, nos mezclan con comunes y dicen que no hay presos políticos en Cuba. ¡Si todavía hoy, tantos y tantos años después, sigue habiéndolos! Bueno, en total estuvimos en huelga de hambre, desnudos, durante 11 días. Al final murió uno de nosotros. Era un hombre muy fuerte, pero comió mucho inmediatamente después de la huelga y no pudo aguantar. Yo había dicho «*Stop*. No coman inmediatamente. Tomen agua con azúcar, sólo líquidos». Pero él

ya no estaba con nosotros, comió y murió. Ser médico donde no hay hospital, donde no hay medicinas, donde no tienes nada que hacer, nada que dar salvo consejos, es realmente muy duro y muy difícil. Después de El Príncipe me vuelven a mandar para La Cabaña, donde estoy otros 2 años, del 68 al 70. Había allí, entonces, dos galeras de homosexuales, que estaban presos por el mero hecho de serlo, con más de doscientos presos cada una. Era horrible. En la galera nuestra, de políticos, éramos 186 y estábamos como sardinas en lata; así que imagínate ellos. Nada más que por el «delito» de ser homosexuales, nada más que por eso. No los dejaban salir al patio jamás, no les daban chance a nada.

Después de La Cabaña me mandaron a la prisión de Guanajay, que también había sido construida durante la república y que por eso era más humana, tenía servicios, duchas, etc... y de ahí fui para la prisión de Melena, en régimen semiabierto. Había empezado lo que le llamaban el Plan Progresivo de Trabajo, que no era trabajo forzoso como el de Isla de Pinos, sino un plan de rehabilitación de tipo diferente. Yo lo acepté en 1972 y fui para Melena, una fábrica de prefabricado con barracas adjuntas. Necesitaban fuerza de trabajo y la obtenían así. Una diferencia importante era que allí, por lo menos, pagaban el trabajo. Estuve años trabajando en distintos lugares de la construcción como peón, paleando arena, tierra, sin ningún contacto con la Medicina. Estuve así hasta diciembre del 77. Después, cuando al fin obtuve la libertad tras 18 años de cárcel, empecé a trabajar en el Hospital Psiquiátrico de Mazorra como médico clínico. En septiembre del 78 empezaron los vuelos hacia Estados Unidos. Yo vine en el tercer vuelo. Ya llevo 21 años en el exilio.

Creo que la gente de la Isla debe saber que gran cantidad de cubanos sufrieron prisión durante estos años. Ahora bien, los ex prisioneros políticos saben que la lucha por la libertad fue un camino libremente escogido. Existe ahora una cosa en Cuba que se llama «prisioneros de conciencia», para mí son lo mismo que nosotros, «prisioneros de conciencia». Los presos de la primera hora no éramos privilegiados. De una forma o de otra la gente se rebela contra lo que no es justo y siempre hay quien toma el camino más difícil; nosotros tomamos el camino más difícil aunque quizá no el más eficaz.

En Cuba los cambios tienen que venir y la gente tiene que pensar en la reconciliación nacional. Los prisioneros políticos fueron los que más sufrieron en un período de tiempo, pero creo que el pueblo en general ha tenido también mucho sufrimiento. Debe haber un encuentro nacional, darnos un espacio los unos a los otros. Y no es que piense que no deba hacerse justicia; es que me parece más importante que se recupere la memoria. Cuando caí preso tuve la conciencia bien clara de que ni mis compañeros ni yo éramos un quiste en el pueblo cubano. Si salí de mi país era porque mis hijos habían salido antes, estando yo en presidio. Pero nunca hubiera querido salir de Cuba. Salí con dolor. Creo que a muchos cubanos les pasó lo mismo. No había un espacio para ellos en Cuba, por eso tanta gente ha ido a la diáspora. El pueblo cubano debe entenderlo así.